

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 21 Septiembre 1916.

Número 38.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número sueto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

¡Ole los hombres!

«Cierto, dijo un ratón en su agujero; no hay prenda más amable y estúpida que la fidelidad: por eso quiero tan de veras al perro perdiguero.

Un gato replicó: «Pues esa prenda yo la tengo también.» Aquí se asusta mi buen ratón, se esconde y torciendo el hocico le responde; — ¡Cómo! ¿La tienes tú? Ya no me gusta. La alabanza que muchos creen justa injusta les parece si ven que su contrario la merece.

¿Que á qué viene el recordar aquí esa fábula de Iriarte?

Pues á esto. A que en El Motín se elogió varias veces á Costa por la sana patriótica con que atacaba al caciquismo, igual que á Salmerón cuando dijo en un arranque de justa indignación «que debía matarse á palos al cacique»; y ahora me encuentro con que lo ha atacado Maura con más dureza aún, en el discurso pronunciado en Beranga, y me veo en este compromiso: ó callar para que no se diga que lo elogio, ó borrar las alabanzas que prodigué á Salmerón, á Costa y á cuantos atacaron al caciquismo, quedando en este caso á la altura del ratón supradicho. Y, francamente, la comparación resulta poco halagüeña para mi amor propio.

Me decido por lo tanto á palmotear. Prefiero que se me tache de impresionable, á que se dude de que yo hago justicia hasta á mis adversarios.

Y para que aquellos de mis lectores que no hayan leído el discurso de Maura, aprecien la razón con que lo alabo, allá va el parrafito (el parrafa-

zo estaría mejor) dedicado al caciquismo:

«De modo que esta campaña que traemos nosotros, pugnando por la reconstitución del Poder público, por la normalización de la vida española en todas sus partes y grados, por la reintegración de la autoridad en su noble ministerio y en su dignidad, rescatándonos de la tiranía caciquil que nos corroe y nos envilece; en suma, por todo eso que venimos procurando, año tras año, no es un empeño caprichoso de unos cuantos, no es una preferencia de una entre varias tendencias opinables; es la necesidad primera, la letra primera de todo cuanto se hable ó intente en pro de España. Sin eso, ni en la vida interior ni en la exterior habrá honra ni prosperidad posible. Notadlo: cuanto se intenta, cuantas reformas parcialmente se procuran, todas fracasan, y todas fracasarán mientras no se extirpe la raíz del mal. Estos intentos, estas reformas de que hablo, son leyes, decretos, actos de gobierno, y todo se convierte en irrisión; todo se convierte en una tolva, y pasa al molino y queda todo hecho harina. En vez de autoridad, ley, justicia, lo que de veras actúa de arriba abajo es una jerarquía caciquil desenfrenada y corrompida, que continuará mientras no se llegue á la raíz, mientras no se extirpe, como he querido y quiero extirparla, y ¡si Dios me da vida yo la extirpare! ¡Bravo, bravo! Prolongados aplausos.) ¡Miradles! Los mismos que estuvieron haciendo la campaña contra la reforma local, contra la reorganización sistemática sobre base regional de la administración y el gobierno de España; los que declamaban aquellas cosas y hacían aquellas comedias, vienen plegándose ahora al viento y también nos resultan regionalistas, pero con tal de que el pan se haga sin harina, con tal de que el caciquismo perdure. Cada cual tiene su proyecto de administración local. Yo he conocido cuarenta. Todos sirven muy bien, con tal de que no se altere el sacrosanto imperio caciquil, desde la cabeza del Ministerio hasta la secretaría de la última aldea. Eso es cabalmente lo que hay que arrancar, y sin arrancarlo, nada se hace. En esto estriba, se encierra la política interior y la política exterior, la administración de justicia, la hacienda, la fuerza militar, el honor de España, el sosiego del ciudadano. Claras y consoladoras muestras de la vitalidad nacional nos alientan, no obstante la incultura y el atraso, lo caduco, lo inorgánico, lo deletéreo que es la España oficial. (Prolongada ovación. Vivas entusiastas á España y á Maura.)

¿Qué decía yo? ¿Es digno ó no de ser aplaudido por todos ese párrafo, haya salido de labios de quien quiera?

Todos los artículos de oposición furibunda que los republicanos hemos escrito; y todos los discursos tremebundamente airados que hemos pro-

nunciado en los mitins; y todos los ataques duros que hemos dirigido á la restauración en las Cortes, resultan apacibles, templados y vasescosos, comparados con ese discurso de Maura, que yo admiro, envidio y aplaudo, con tanto más entusiasmo y ahinco, cuanto más furiosa veo á la jauría reaccionaria que ladra sin cesar contra quien lo ha pronunciado.

Ya sé que en lo de aplaudir algo de lo que Maura dice, hay que andarse con tiento. La tragedia de 1909 pide inmediatamente y á gritos la palabra. Y menos mal para Maura, que la figura siniestra del odioso, odiable y odiado La Cierva surge en aquel mismo instante y acapara gran parte de la indignación que el recuerdo de la semana trágica despierta.

Esto no obstante, y llevado por esta tendencia demagógica que me inclinó siempre á descacharrar todo lo consagrado y todo lo respetable, juro que gozo extraordinariamente cada vez que Maura tiene uno de esos arranques en que se cisca políticamente en lo de arriba, en lo de enmedio, en lo de abajo, en lo que tiene en frente, detrás y al lado, en todo, en fin. Las imprecaciones de Job en el estercolero, son dulces caricias de esposa enamorada en noche de bodas, comparadas con las que él lanza.

Porque, caballeros; hay que fijarse atentamente en lo bien pintado que está el cuadro del envilecimiento y la degradación de España. Al lado de ese Velázquez político de la restauración, resultamos unos grotescos mamarrachistas los que venimos ofreciéndole al país inexpresivos bocetos de las ruinas morales y materiales causadas por ella.

Aquí no hay gobiernos, ni leyes, ni justicia á los cuarenta años de restaurado el trono que venía á darnos todo esto. Y la competencia de Maura para decirlo, es cien veces mayor que la nuestra, puesto que ha gobernado, ha dictado leyes y ha nombrado jueces. ¿Que esto quita autoridad á sus censuras? Indudablemente; pero, en cambio, avalora la exactitud del aserto. ¿Quién sabe toda la inmundicia que hay en las alcantarillas mejor que quien las ha cruzado en todas direcciones? ¿Quien mejor que una vieja Celestina lo que ocurre en un burdel?

Cada vez que veo á Maura en esa textura, me olvido de su pasado, y...

«¡Qué lástima, me digo, que este hombre no sea republicano! Me ayudaría... (no, no; esta es mucha pretensión) le serviría yo de modesto auxiliar en la obra eminentemente reconstructiva, aunque los necios la juzguen demoledora, de combatir fantochadas, egoísmos y *supercherias provechosas*. ¡Sí, qué lástima! Con la superioridad inmensa que Maura tiene sobre mí para demoler, con un discurso conseguiría lo que yo no he logrado con millares de artículos escritos en varios tonos y en diverso estilo: traer á la realidad al partido en que milito.

He de confesar, sin embargo, que en otros momentos me congratulo de que Maura no esté con nosotros. ¿Qué pintaríamos como revolucionarios los que hoy alardeamos farandulescamente de serlo? Nada. Lo que el hombrecito de Pilis al lado del gigante Goliat.

Y confesado esto, excuso encarecer lo mucho que me habrá regocijado su último discurso; no sólo por el juicio emitido acerca de la labor nefasta de la restauración, sino por las bascas que están sufriendo los perros rabiosos de la germanofilia, que no se hartan de darle dentelladas en los tacones de las botas.

No puedo remediarlo; todo el que protesta me encanta; desde el ciudadano Luzbel, hasta el golfo que sufre orgulloso una quincena en la cárcel, por *faltarle* dignamente al guardia que detuvo á una prostituta por si se había echado á la calle cinco minutos antes de la hora señalada para salir á ganarse públicamente el pan.

Esta enfermedad de la demagogia debe radicar en la sangre. Ejemplos: Maura y yo. Ambos militamos en partidos de orden (nadie me negará que el republicano lo es hace tiempo); y á lo mejor salimos por peteneras que sacan de quicio á todo el mundo; hasta á nuestros respectivos correligionarios. Claro que en él tiene más mérito el hacerlo que en mí, pues se expone á perder mucho, mientras de mí sólo pueden vengarse los míos restándole suscripciones á EL MOTIN.

Ahora ponen á Maura que no hay por dónde cogerlo, sobre todo por lo que ha dicho de la aproximación de España á los aliados. Casi, casi llegan en sus diatribas á la cúspide que escalaron á veces mis queridos correligionarios conmigo, cuando negué la virtud milagrosa de los ídolos que sucesivamente fueron creando. Ni aun cobrando de la embajada alemana, censurarían algunos á su jefe con tanto fervor, si bien á *sotto voce*. Algunos llegan á suponer que esa declaración aliadófila la ha hecho Maura de acuerdo con los jesuitas, que se previenen contra probables contingencias buscando un fiador de su talla política. Descontada ya la derro-

ta de los alemanes, á quienes apoyaron mientras creyeron que vencerían, los hijos de Ignacio tratan ahora de parar al golpe que pueden asesartarles mañana los aliados.

Allá ellos; yo en estos chismes ni entro ni salgo. Acepto la declaración de Maura tal cual la ha hecho, y...

Aquí llegaba, cuando recibo por el correo interior el artículo que va á continuación.

Es de un colaborador espontáneo que me ha salido, que no sé quién es, que debutó el número anterior con el artículo titulado *De la semana*, firmado con las iniciales M. M., y que, por lo visto, está completamente identificado con EL MOTIN, como lo prueba, además de lo que dice, la manera de decirlo. Habla como si fuera de la casa hace tiempo.

Que es hombre de talento y de cultura, que piensa por cuenta propia, y que escribe clara, lisa y llanamente, en el anterior artículo lo demostró.

Si llego á saber quién es, y me autoriza para dar su nombre al público, lo haré; mas si quiere conservar el incógnito, se lo guardaré en el rincón del cerebro donde archivo tantas cosas interesantes.

Lo que sí le ruego, en cualquiera de ambos casos, es que siga enviándome algún trabajo, para honrar las columnas de EL MOTIN. Colaboradores de su fuste entran pocos en libra.

JOSÉ NAKENS

DE LA SEMANA

De todo lo ocurrido dentro y fuera de España que merezca un comentario para los lectores de EL MOTIN, se destaca en primer término el discurso pronunciado por Maura en Beranga (Santander).

Las primeras versiones trasmitidas por los corresponsales, difieren bastante del texto íntegro publicado por *La Acción*, al cual me atengo. Mas antes de hacer el breve comentario que me es posible hacer, quizá no esté de más recordar que el criterio con que EL MOTIN ha juzgado siempre las cuestiones políticas, así como las religiosas, ha sido y es un criterio realista. Y quiero decir con esto, concretándome aquí á los actos políticos, que, por encima de las etiquetas de los partidos, como por encima de la grandeza doctrinal de un programa ó de un discurso, ha puesto y pone siempre la realidad política que contiene; procurando ver hasta qué punto expresan la verdad de nuestra vida nacional y en qué medida contribuyen al progreso y bienestar del pueblo, que es á su vez el que da la del progreso y bienestar de toda la nación. Dentro de nuestra miserable vida política, este criterio no resulta *hábil*; con él no es posible contentar á ninguno, pues hasta nuestro infeliz

amigo Juan Lanás prefiere la tocata de su gusto, aunque mientras la oye embobado le limpien el bolsillo. Pero EL MOTIN no nació ni vive para contentar á nadie; ama y amará siempre, lo mismo en política que en todos los aspectos de la vida, los actitudes varoniles, francas y resueltas; y cuando desgraciadamente como hoy no puede admirarlas y enaltecerlas dentro del partido republicano, mas las admira y envidia en sus adversarios. Por esto, yo, el más insignificante—no era menester decirlo—de cuantos ponen su pluma en estas columnas, puedo decir y digo que el discurso de Maura me parece digno de alabanza. Y no precisamente por los motivos que muchos lo enaltecen, sino por la secreta razón que, acaso sin darse cuenta de ella, mueve á otros á vituperarlo. Y es, la de que se ve que no está pensado ni dicho para contentar á nadie. Se ve que está pronunciado como si no hubiera mauristas, como si no hubiera monarquía, como si en España no hubiera otra cosa que esta: España. Es una lección y un ejemplo para todos nuestros políticos blandengues y serviles.

A los suyos les ha dicho, que sepan los que le sigan que están fuera del tinglado político, que forman un gremio de los que se estilan para esquilmar el poder; y, sabiendo que la mayoría de los que le siguen son apasionados germanófilos, les dice que hay que ser aliadófilos, que el interés de España es intimar, fraternizar con las naciones occidentales, siempre, claro es, que éstas quieran corresponder á nuestro buen deseo y no pretendan convertirnos en una colonia.

A la Monarquía, nada; como si no existiera; ni la menor alusión á su influjo en la vida nacional. Es decir, hay una formidable por su significación y exactitud, y la más hiriente que acaso haya salido de labios de un político monárquico. Y es esta. Después de haber dicho anteriormente que una nación no puede vivir de la piedad, que la mendicidad no se estila entre naciones, afirma varonilmente que si España tuviera que sufrir vejaciones y agravios, debe soportarlos sin capitular ni doblegarse, porque dice,

«las naciones no mueren por débiles, sino por viles. España, hace un siglo, no murió porque las bayonetas napoleónicas arrollasen á sus hijos; donde la mataron fué en Bayona y en Valencey, y donde resucitó fué en el Madrid del 2 de Mayo, en Zaragoza y en Gerona. No importa que un enemigo entre, asole, arrase, extermine y llegue á Cádiz. ¡Mientras el corazón español aliente firme y lealmente, la Patria vive y la Patria resurgirá!

Es toda una advertencia digna de que el país no la olvide.

Todo el discurso merece un comentario más detenido y extenso del

que yo pueda hacerle, pero no debo pasar en silencio la afirmación que hace al final, de que España no puede esperar nada que no haya de venir de ella misma, y que la necesidad primera, la letra primera de todo cuanto se hable ó intente en pro de España, es la de rescatarla de la tiranía caciquil que la corroe y envilece.

«En vez de autoridad, ley, justicia, lo que de veras actúa de arriba abajo es una jerarquía caciquil desenfrenada y corrompida, que continuará mientras no se llegue á la raíz, mientras no se extirpe, como he querido y quiero extirparla, y ¡si Dios me da vida yo la extirparé!»

¡Ojalá yo lo vea!

Para concluir: el efecto del discurso ha sido el de un peñasco arrojado en una charca: las aguas estallan y saltan de pronto, y hacen callar, sobrecogidas y atónitas, á todas las ranas; luego, éstas van poco á poco recobrándose del susto, y temerosas y confusas (aún, comienzan á croar de nuevo, Sospecho que no va á ser este el único sobresalto que van á llevar.

M. M.

Echegaray ha muerto

España ha perdido á uno de sus hijos más preclaros; la ciencia á uno de sus divulgadores más conspicuos; la literatura y la poesía á uno de sus predilectos.

Enorgullecámonos de que haya sido español un hombre de sus excepcionales condiciones y ofrezcámoslo como ejemplo á los jóvenes que aspiran á servir, honrar y enaltecer á su patria.

Blastemia política

Cerca del pueblo de Robinson, á unas seis millas de Wacos (Estados Unidos) un joven negro mató á la señora en cuya casa servía, por haberle reprendido duramente y amenazado con despedirle si seguía castigando á las mulas con que labraba.

Preso y encarcelado, confesó su crimen, y he aquí lo que ocurrió el día que se celebró la vista, según un periódico de la localidad:

«Por fin, el jurado falló al negro culpable, pidiendo la pena de muerte. Simultáneamente, el público empezó á rodear al preso, y, comprendiendo éste las intenciones de la muchedumbre, fué á colocarse detrás del alguacil mayor con la idea de que le protegiera. Pero alguien abrió la puerta trasera de la sala y un grupo se apoderó rápidamente del reo. Las autoridades no hicieron ningún ademán de defender al negro á pesar de que todos estaban armados.

La masa del pueblo salió repentinamente de la sala, sin duda para tomar parte en el lynchamiento. Al negro le amarraron una cadena de hierro al cuello,

atándole en un automóvil. La cadena se rompió, cogiendo al negro de un brazo un hombre muy alto que poseía una fuerza hercúlea. Mientras tanto la muchedumbre azotaba al indefenso muchacho; en un momento se le despojó de los vestidos. Alguien le cortó una oreja; otro le cortó las partes genitales. En esta forma caminó una milla y media hasta llegar á la plaza del Ayuntamiento, en donde ya se le había preparado una hoguera para quemarlo. Al llegar allí se le ató contra un árbol con otra cadena de hierro, y la muchedumbre, furiosa y ebria de sangre, empezó á satisfacerse en el cuerpo del infeliz negro. Quién le daba un puntapié, quién un puñetazo, quién un navajazo. El muchacho hacía esfuerzos para escapar llegando una vez á coger la cadena, cortándole enseguida los dedos. El hombre hercúleo que lo había llevado todo el camino del brazo, le asestó una terrible puñalada en el pescuezo, que le causó la muerte instantánea. Hay quien contó veinticinco puñaladas dadas al infeliz negro.

Después se le colocó sobre unas cajas de madera y se prendieron fuego, hasta que el cuerpo del muchacho quedó completamente carbonizado. Presenciando la quema, estaban el alcalde y el jefe de policía en el balcón de la Casa Ayuntamiento, prorrumpiendo el pueblo en gritos de satisfacción, levantando los padres y las madres á sus hijos para que presenciaran la quema del negro.»

Voy á lanzar una blasfemia política para muchas gentes: nunca me ha convencido la civilización norte-americana.

País que sostiene una guerra por conservar la esclavitud, que extermina á los pieles rojas, que desprecia y veja á los negros, ni es ni puede ser liberal ni democrático en el alto sentido de esas palabras. Podrá consignarlo en sus leyes, no infiltrarlo en sus costumbres.

Y se comprende; la nación, como el individuo dominado por la pasión del dinero, tiene forzosamente que reflejar en sus actos esa pasión.

Y si nunca me fué simpática, á pesar de reconocer que ninguna otra la supera en grandeza material, desde que los alemanes hundieron el trasatlántico *Lusitania*, y estuvo tan fácil al acomodo aceptando las explicaciones inadmisibles que le dieron por no perder aquel *gran parroquiano*, ella, tan diligente á manifestarse agraviada cuando le convino suponer que los españoles habíamos volado *El Maine*, desde entonces la comparo con el usurero judío que soporta sonriéndose todos los ultrajes, con tal de dar salida á su mercancía.

Si un día llegase la Humanidad (que lo dudo) á aproximarse al ideal de Justicia, condenaría implacablemente á esa nación que, por ser la única fuerte y poderosa de las relativamente neutrales, pudo con su intervención anticipar el término de la espantosa guerra europea, y que no lo hizo por codiciosas miras.

Mal andamos en España de gobierno y de justicia; más declaro que, aun mandando los reaccionarios más ca-

racterizados, yo me siento aquí más libre, más en posesión de mí mismo, más señor de mis sentimientos, más dueño de mi voluntad, que me sentiría en aquel pueblo democrático de los trust, de los pieles rojas exterminados, de los negros explotados y menospreciados y de los feroces y abominables lynchamientos.

Para que rabien los aliadófilos

III

Nuevas pruebas de que Alemania es la nación más civilizada, más culta, más humanitaria de este planeta. Y de los adyacentes.

Suprimo, por innecesarios, el nombre, edad y condición de los declarantes que aparecen en el Libro Gris y dejo sólo la inicial del pueblo y el nombre del departamento, á continuación del número del anexo:

35. En B... (Somme).—«Los alemanes nos obligaban á trabajar sin remuneración alguna. No nos daban ni dinero ni comida.»

36. En B... (Ardennes).—«He visto tratar brutalmente al alcalde de B..., de sesenta y ocho años de edad, por decir que no podía trabajar, como en efecto, no podía. Pocos días después quedó parálítico el pobre hombre.»

37. (Declaraciones de una mujer). En S... (Aisne).—«Todas las mujeres estábamos sujetas cada cinco días á la inspección médica, como las mujeres públicas.»

40. En N... (Aisne).—«A su llegada los alemanes han detenido á todos los hombres útiles de la localidad, al alcalde, á los concejales y á todas las personas significadas; y las han encerrado en una casa del pueblo; así han estado encarcelados durante cinco meses sin salir más que para trabajar en los campos, bajo la vigilancia de los soldados alemanes. A un agricultor que no quiso trabajar, le desnudaron y enviaron casi en cueros, con los ojos vendados, al campo donde azotaban las balas y los obuses; además, llevaba atadas las manos. Sin embargo, como conocía los caminos perfectamente, pudo llegar á su casa. Sin hacer caso de las súplicas de la familia, le obligó á este infeliz á permanecer un día entero bajo la lluvia de balas y obuses. Le han llevado en rehenes á Alemania y en la actualidad se encuentra muy mal de salud á consecuencia de estos malos tratos. Todos los vecinos han sido testigos de este crimen. A M. D... le han robado, atropellado y devastado por completo su casa.»

44. Canton de Maus (Sarthe).—«El declarante y su hermano Marcelo, de diecisiete años de edad, han sufrido malos tratos en varias fechas, cuando se les obligaba á descargar carbón en la estación; los soldados encargados de hacerles trabajar, les daban culatazos y puntapiés, los trataban de vagos y bandidos y les amenazaban con no darles de comer.»

50. R... (Ardennes).—«Me han tenido presa ocho días por no decir dónde estaba mi marido, á quien querían hacer trabajar; los alemanes me han dejado tres días sin comer.»

52. F... (Meurthe-et-Moselle).—«Un

día, porque el trabajo se hizo tarde, los alemanes colgaron de un árbol con unas cuerdas pasadas bajo los brazos al alcalde y en esta posición lo tuvieron una hora en la plaza de la iglesia. Luego ataron á dos concejales en dos postes, uno á cada lado del alcalde. Sólo los brazos estaban atados al poste. He comido y he dado de comer á mi suegra y á mis hijos como he podido. Los alemanes nunca me dieron nada fuera de algunas sobras que era imposible comer.» (Esta declaración está suscrita por una mujer).

54. T... (Somme). También una mujer.—«Los alemanes han querido obligarla á trabajar aunque había sido destinada anteriormente al cuidado de su madre enferma y de dos niños pequeños; y para ello la han cogido del cuello y desgarrado la ropa en tres ocasiones diferentes en T..., en Marzo de 1915... Ha visto golpear violentamente á la señora P. D..., pupilera de T..., madre de cuatro hijos, para obligarla á trabajar abandonando el cuidado de los suyos.»

64. S... (Meuse).—«En S... no nos daban comida ninguna. Hemos estado veintidós días sin alimento, casi muertos de hambre. Las mujeres que quedaban en S... nos llevaban lo que podían para que no muriésemos de hambre. Estábamos treinta y cuatro en una sacristía de cuatro metros cuadrados en donde no podíamos echarnos. Los soldados alemanes, nos atropellaban á cada momento; nos obligaban á enterrar los caballos muertos, etc., barrer las calles, todo sin comer.—De treinta y cuatro que éramos, enterramos quince en el camino de S... á L...» (El declarante tiene sesenta y cuatro años).

73. C... (Vosges).—«Algunas veces los alemanes nos llevaban con ellos para que los franceses, al ver páisanos, no dispararan.»

94. W... (Pas-de-Calais). Declara una mujer.—«Desde Marzo de 1915 hasta Septiembre de 1915, todas las muchachas residentes en W... tuvieron que trabajar en el campo, vigiladas por soldados, tres veces por semana, á pesar de los obuses que, en los últimos tiempos, caían sin cesar. Una vez cayeron obuses ingleses sobre los talleres de metalurgia en donde nos disponíamos á trillar el trigo. Los alemanes bajaron á las cuevas y nos obligaron á seguir el trabajo. Una muchacha que huyó tuvo que trabajar todo el siguiente día como castigo.»

POR SI ACASO

Alemania sigue torpedeando barcos españoles. No parece sino que se propone incitarnos á que rompamos oficialmente una neutralidad que ella hace añicos cada vez que destroza un barco.

Siguiendo así, es posible que llegue un momento en que, agotada la prudencia, nos veamos obligados por dignidad, por no pasar á los ojos del mundo por un pueblo vil, cobarde y degradado que no se yergue ante el ultraje, á hacer lo que por propia voluntad no haríamos.

Si este caso llegara, no nos olvidemos de lo que más de una vez he dicho: caigamos desde el primer instante sobre los conventos y demás edificios religiosos, para impedir que des-

de ellos se excite á la rebelión con que están amenazándonos constantemente los clericales germanófilos, y obremos con la energía que las circunstancias requieran.

Por cierto que me hace gracia este argumento de los germanófilos: «*como se rompa la neutralidad, apelaremos á la guerra civil.*» Es decir, antes de que se nos llevé á matar alemanes, turcos y búlgaros, mataremos españoles.

Ya sería un poco menos, valerosos compatriotas, ya sería un poco menos. Esto aparte de que, aunque la neutralidad se rompiera, no sería para mandar fuerzas á la guerra, sino para ayudar á los aliados por otros caminos.

Y para incautarnos de los barcos que alemanes y austriacos tienen en España, en compensación de los que ellos han destruido; cosa que deberíamos haber hecho ya.

Otro punto me queda por tocar.

Si los carlistas tomasen pretexto del rompimiento de la neutralidad para echarse á las matas, no olvide el gobierno que haya aquel día, lo que he dicho tantas veces: hacerles la guerra en las poblaciones á la vez que en el campo: prisión inmediata de los Mella y Cerralbos de mayor cuantía, embargarles hasta las cerillas de los oídos, y sacarlo todo á pública subasta antes del mes.

¡Al bolsillo! ¡Al bolsillo! Es la parte sensible de esa gente.

Y que me ahorquen si no se curan de su afán de perpetrar proezas, en cuanto se les recete esa eficaz medicina para cortar como por encanto la fiebre belicosa.

Esto sin impedirles que acudan á los templos los que no estén en la cárcel, á pedirle al Dios misericordioso que les dé fortaleza para soportar las tribulaciones que á cada quisque le toquen en suerte. La oración es el tónico más fortificante para las almas escogidas.

Nada de persecuciones ni de tiranías y respeto profundo á la libertad de rezar, aunque nos expongamos á que á fuerza de invocar el auxilio divino, venga á pelear á su lado el apóstol Santiago, y haga cisco á los que hayamos roto la neutralidad.

Pero hasta que ese caso llegue, cumplamos con el sagrado deber de aligerar de peso el bolsillo de los que se horrorizan ante la sola idea de que pudiéramos matar un alemán, y se regodean pensando en que van á desahuciar del planeta á unos miles de españoles.

La devoción andaluza

Así como cada nación y provincia tiene su fisonomía moral característica y las líneas de su carácter general se destacan vigorosas de tal modo que no es posible confundirlas, así la devoción cristiana to-

ma diversos tonos y presenta distintas fases, según el pueblo ó región donde se la estudia.

La Iglesia ha querido ser universal en el rito, el dogma y la doctrina, y no lo ha conseguido; no ha podido borrar las fronteras y los límites ni fundir los caracteres; el católico español no se confundirá jamás con el francés, el italiano ó el portugués, lo mismo que el americano, que difiere en absoluto en su textura religiosa de todos los creyentes de Europa.

El catolicismo puede compararse á un gran río cuyas aguas se coloran según la calidad de los terrenos que le sirven de cauce, río que se destrenza en innumerables riachuelos y arroyos de devoción que también se tiñen de diversos matices, según las regiones que atraviesan. El concepto religioso es la raíz profunda que se esconde entre los repliegues del alma y de la conciencia, la devoción son las florecillas y hojarascas de ese árbol corpulento ya hueco y sin savia llamado catolicismo, que en la última etapa de su existencia todavía reverdece en alguna de sus ramas sostenidas por la tradición, la costumbre, el lucro y las pasiones, todo ello amalgamado y confuso.

Fijándonos en España, vemos que el gallego, el castellano, el aragonés y el valenciano, lo mismo que el madrileño, entienden la devoción de un modo muy distinto que el andaluz. En Andalucía la devoción católica es impetuosa, superficial, vocinglera, amasada entre risas y trapos chillones, con destellos que deslumbran, pero que tienen una vida tan efímera como las flores de sus patios y huertos. Colocad juntos á un devoto catalán y á otro andaluz y tendréis formada la medalla religiosa con su anverso y reverso.

De toda Andalucía, Sevilla es la que presenta el sello más típico de la devoción meridional. Hay que haber estado allí, sobre todo en Semana Santa, para formarse una idea de lo que es el andaluz cuando se siente católico. En todo el año las iglesias de Sevilla están desiertas; sólo en las horas de calor cuatro viejas y un par de docenas de vagos de los que merodean por la estrecha calle de las Sierpes todo el día y que buscan el plácido fresco de los templos sevillanos dormitando en los bancos una larga siesta. Dentro de la catedral, á las horas del coro, hay algo más de animación; grupos de turistas recorren sus naves, guiados por cualquier chulo que se pirra por ejercer de cicerone al husmeo de la peseteja para cañas de manzanilla; sentados ante las verjas de las capillas hay corrillos de charlatanes que murmuran, ríen y hasta fuman.

En las puertas laterales del coro, donde los canónigos canturrean adormilados, se agolpan chiquillos y mujeres y algún que otro mocetón que se hace señas con tal ó cual avispa vecinita. Terminado el coro, aquella turba se desparrama por los claustros ó el patio, y bajo las bóvedas de la basílica hispalense, allá en los rincones más oscuros, sólo se oye alguno que otro rumor sospechoso. ¡Sirve para tantas cosas la catedral de Sevilla!

Pero en medio de esta calma religiosa aparente, en sacristías, conventos y casas de los mayordomos de cofradías hay siempre tempestuoso mar de fondo. Desde Octubre hasta Pascua allí no se habla de otra cosa más que de si este año *saldrá ó no saldrá* tal Cofradía. Entre los diversos cofrades existen odios y envi-

LAS MATANZAS DE BELGAS



"Los hombres a la derecha; las mujeres a la izquierda."

(Raemaekers.)

días femeniles formidables; cada Cofradía quisiera ver aniquilada á su émula y rival; los de Jesús Nazareno se llenan de júbilo si el Jesús del Perdón no puede salir por estar entrampado, y el Señor del Gran Poder se esponja si puede llevar dos docenas de cirios y un puñado de lentejuelas más que su madre la Virgen de la Esperanza.

Es cosa de morir de risa, si no diera asco, ver toda aquella gente atareada semanas y meses haciendo flores, pintando maderas, arreglando mantos, rizando encajes, bruñendo cetros y rebosando júbilo pensando en la rabia de los cofrades pobres. Cada Cofradía tiene su carácter peculiar; las hay para gente del bronce, para cantaores, para ganaderos, para cosecheros, para gitanos y para el señorío, hasta para estetas, de tal modo que en ella no ingresan, y si ingresa tiene que salir, nada más que señoritos acicalados como damiselas que se hacen agua con sus medias de seda, su zapato de charol, su túnica de gró y su pañuelo de batista, y, sobre todo, con la cola que arrastran haciendo unos dengues y melindres que hay que fusilarlos.

El paso de las procesiones es un escándalo; se ríe, se charla, se tiran caramelos á las chicas, se chicolea, se come salchichón ¡en Viernes Santo! y se bebe manzanilla.

Y á pesar de todo esto el andaluz se conmueve de veras, se siente católico sincero por... un par de horas y la andaluza de alma de fuego se arranca por una saeta donde pide al crucificado ó la Virgen traspasada de puñales:

Que vuerva aquel arrastrao,
porque ze me va la vida
zi no lo tengó á mi lao.

Pasala la Semana Santa nadie se acuerda ya de Cristos ni de Vírgenes, y la devoción andaluza dormita entre pescadillas fritas y cañas de manzanilla.

Y hasta otro año.

FRAY GERUNDIO

CADA VEZ PEOR

La casa editorial *Granada*, de Barcelona, publicó hará unos diez ó doce años una traducción del importante libro del erudito escritor Bossi, titulado *Jesucristo nunca ha existido*.

Se ha vendido y se vende públicamente desde entonces en las librerías donde la peste clerical no está aún muy exacerbadada, sin que á nadie se haya ocurrido meterse con esa obra de controversia.

Pero héte aquí que á una persona piadosa de Gijón (vulgo soplón espontáneo) se le ocurre ir con el cuento al juzgado de Oriente, de que en la librería de la Plaza del 6 de Agosto, propiedad de D. Arsenio González, se vendía esa obra; y el juez, con ese envidiable celo que todos los de España emplean para perseguir esta clase de convencionales delitos, ordenó inmediatamente la recogida de los ejemplares, lo que se verificó á los pocos instantes, incoándose sumario por escarnio al dogma.

Este caso, el de recoger obras de esta clase en las librerías, no se daba hace tiempo en España. Y una de dos: ó los jueces faltaban á su deber

en todas partes, ó ese de Gijón se ha excedido en el cumplimiento del suyo.

El espectáculo que estamos dando en España es bochornoso. Recoger libros que en todas las naciones circulan libremente, es ya llegar al colmo del absurdo.

El mejor día van á pedir los clericales que se recojan de las Bibliotecas del Estado y aun de los particulares, todos los libros que no sean perfectamente ortodoxos, para quemarlos en las plazas al son de un Himno compuesto para matraca y piporro, cantado por niños profanados en colegios clericales y por exprostitutas desdentadas que al jubilarse se dedicaron á rezar.

Deploro en el caso presente no ser experto en cuestiones de abogacía, para poder resolver si las leyes conceden al librero derecho para entablar contra el delator ó denunciante, una acción por injuria y calumnia con reclamación de daños y perjuicios.

Y aun se me antoja que debiera existir una ley que permitiese buscar indicios de prevaricación en el juez que acepta la denuncia contra un libro que lleva diez años de exhibición lícita y honesta en los escaparates de toda la España católica, sin que jesuitas, frailes, obispos ni fiscales eclesiásticos hayan reclamado contra él.

La casa Granada prestará un señalado servicio á la sociedad, si asesorándose previamente de su derecho, persigue con la energía debida este suceso escandaloso para el siglo xx, y perjudicial para su industria.

Hace pocos días cruzaba por la calle de Hortaleza, esquina á la de las Infantas, una madre con un niño en brazos, en el preciso momento que cayó un baul de un carro de transportes y que mató al niño. La infeliz venía de visitar á su marido en el hospital.

Como nada ocurre en el mundo sin la voluntad de Dios, según me enseñaron en la escuela, no me atrevo á censurar al Municipio por la indiferencia criminal con que mira todo lo que se roza con la seguridad del vecindario que no usa automóvil.

A DIOS ROGANDO...

Persona de todo mi crédito, que estubo en Bilbao por las últimas fiestas, me comunica las impresiones recibidas por ella durante su permanencia en la invicta villa, vivero antes de buenos liberales, hoy predio jesuítico, como la mayor parte de las ciudades españolas donde el dinero abunda.

De esto, de la abundancia de dinero en Bilbao, se ocupa mi corresponsal preferentemente.

El oro—dice—rueda por las calles, se le respira en los cafés, en los paseos, en los frontones, en los clubs. Las carteras, cuando salen de los bolsillos, lo hacen henchidas de billetes. En los casinos aristocráticos, el champagne gotea por los

veladores; los centenes tintinean en las mesas de juego; las libras esterlinas son en tanto número como la moneda nacional; las «perdidas» famosas llegan en magníficos automóviles, seguras de hallar parroquianos para su retorno á San Sebastián y Biarritz.

Los barcos añade—si bien corriendo peligros mayores que los de las olas, vuelven repletos de oro, como en las épocas en que nuestros conquistadores reproducían la fábula del vellocino. Las grandes industrias solicitan fletes y más fletes. La plutocracia bilbaína, representada por esos fabricantes y por esos navieros, sufre congestión de numerario, y se sangra de él para no pegar un estallido.

De ahí los enormes gastos que se realizan sin motivo ni objeto; las orgías desprovistas de causa; las apuestas imbéciles.

En el teatro, el espectáculo no está en el escenario; está en la sala, verdadera vocación de los festivales asiáticos.

Todas las mujeres bilbaínas ostentan sobre sus cabezas, orejas, cuello y pechos joyas recién compradas. Váyase por las mujeres que pueblan Europa con gesto de miseria y con traje de luto.

Esas mujeres del teatro son las esposas, las hijas, las hermanas de los navieros vizcaínos; de los que se enriquecen á costa de la guerra; de los que hacen montones de oro con charcos de sangre; de los que va para poco tiempo se negaron á contribuir con mínimo tributo á la extenuación de la miseria colectiva, al auxilio de miles y miles de españoles á quienes el encarecimiento de las subsistencias coloca á las puertas del hambre.

A consideraciones indignadas ó irónicas, según el carácter del sujeto que las hiciere, se presta la carta de mi corresponsal. Pero hay en ella algo estupendamente curioso, más curioso que todo lo anterior; algo que refleja la médula entera de una clase, y debe ser reproducido en letras de molde, para edificación de buenas almas y despertamiento de cándidos.

Las plutócratas de Bilbao, como las del resto de España, son religiosas á más poder cada una, y acuden todas las tardes al Rosario, y piden al Altísimo el perdón completo de sus culpas.

Esto del perdón lo hacen por si dejaron olvidado algún pecadillo al confesarse con el padre jesuita que les roe la conciencia de remordimientos en este mundo, y en el otro les tiene dispuestas habitaciones de primera clase, con servicio completo.

Después del Rosario, donde todo es recogimiento por parte de las respetables feligresas, viene la oración en favor de la paz; oración mandada rezar por el Papa en los templos del orbe católico al término de cada ceremonia.

Apenas el sacerdote comienza á decir la oración por la paz, las damas, que en el religioso concurso son familia de industriales y de navieros, se alzan poquito á poco, sin hacer ruido, procurando no llamar la atención. Andando hacia atrás, casi de rodillas, llegan á la puerta del templo y desaparecen sin escuchar las palabras del sacerdote en invocación de la humana concordia; sin pedir á Dios el fin de la guerra, el término de la horrible carnicería que convierte el mundo en un trágico mar de sangre.

Es lógico que procedan así. Al fin y á la postre, sus padres, sus esposos y sus

hermanos explotan esa carnicería, convierten el trágico océano de sangre en una mina de oro y rellenan sus arcas, sacando pingües beneficios á la matanza, á la violación y al incendio.

¿Van á pedir ellas á Dios que todo eso termine? Fuera tanto como pedir que el enriquecimiento de sus hombres cesara; como resignarse á no ostentar nuevas joyas en las funciones teatrales; fuera... Fuera demasiado fervor católico, aun para el catolicismo de las plutócratas bilbaínas.

En medio de todo, son correctas con la Divinidad. No permanecen en la iglesia durante la oración, en muestra de acatarla y de repetirla; prefieren salir á la chita callando del templo sin unirse á los votos que, en nombre del Papa y en solicitud de la paz, eleva al cielo el sacerdote.

De agradecer es la franqueza; seguramente se les tendrá en cuenta para el supremo juicio.

Aun cuando no se les tuviera, las damas bilbaínas están seguras del perdón por estas y otras culpas más graves.

Con dejar una buena manda á la hora de su muerte á favor de Deusto, quedarán redimidas de no haber rezado la oración por la paz y encontrarán el Paraíso de par en par abierto.

JOAQUÍN DICENTA

El Liberal.

Cosas de España

En el número 34 del diario *Alicante Obrero*, correspondiente al 7 del actual, leo lo que sigue, bajo el título: *La salvajada de ayer. Nuestra imprenta y redacción asaltada:*

CONSIDERACIONES

Procuraremos desposeernos de ese amor propio, que aun sin querer hemos de tener, para defendernos de la vil acción que contra nosotros se pretendía cometer ayer tarde, y de la que fueron protagonistas algunos señoritos de la alta sociedad alicantina.

Esta, con el hecho realizado ayer, tiene un borrón encima que necesita limpiarlo, si no quiere hacerse responsable de lo que hicieron unos exaltados, que perdieron la dignidad y descendieron á los terrenos de los más vulgares entes.

La indignación fué grande y todos cuantos presenciaron los hechos quedaron convencidos de la ineducación de unos cuantos hijos pudientes, que, amparándose en el nombre de la familia y la influencia, cometieron actos que en el Riff no cometerían esos kabileños á quien nosotros queremos civilizar.

Buena nota tomaron de esto algunos forasteros que lo presenciaron y que no cesaban grandemente indignados de censurar á las autoridades y calificar de canallesco, cobarde y ruin lo hecho por esa «trope» de niños góticos.

EL HECHO

Próximamente las seis y media de la tarde de ayer, se encontraban ocupados en las faenas de la imprenta, los dueños de los talleres donde se imprime nuestro periódico, Sres. Juan y José Guijarro, en unión de sus cuatro hijos, el mayor de ellos de doce años de edad.

De pronto, y sin el previo permiso, requisito de toda persona bien educada, se

presentó un grupo de individuos preguntando por el director de nuestro periódico.

D. José Guijarro, díjoles á los tales sujetos que nuestro director no se encontraba en el local, ni persona que allí lo representase.

No convenció esto á los repetidos sujetos, por lo que insistieron en forma poco correcta y con ademanes amenazadores.

EL ASALTO

El dueño del establecimiento, al ver la actitud que habían adoptado y en evitación de un disgusto, invitóles á que salieran de su casa, y fueran en busca de nuestro director, si es que les urgía.

Desobedecieron á esto y en vez de marchar, uno de ellos, el que capitaneaba la cuadrilla, dió la voz de ¡A ROMPER LA IMPRENTA!, y como foragidos entraron más de treinta individuos que apostados estaban por los alrededores de la imprenta, dando comienzo al vandálico complot que fraguaron.

Arrojaron por los suelos los moldes de los cuatro periódicos que se imprimen, desmontaron de sus chivales las cajas, esparramando toda la cantidad de letra que contenían éstas; rompieron las bombillas de luz eléctrica y se extraviaron veinte pesetas que había encima de un pupitre que se acababan de cobrar de unos trabajos.

Como es natural, los señores Guijarro, quisieron defender su propiedad, salvajemente asaltada, y al intentarlo, fueron cobardemente, vilmente, rufianescamente agredidos por esos malvados que así procedían con dos honrados padres de familia, dos laboriosos industriales, mucho más dignos y decentes que toda esa gentuza, que necesita reunirse en cuadrilla para cometer actos propios de pieles-rojas.

MOMENTOS DE ANGUSTIA

Mientras se dedicaban á tales hazañas aquellos foragidos, los niños, pobres criaturitas de pocos años, desgarraban llorando al ver que peligraba la vida de su padre.

Algunos de los asaltantes, mientras los otros dedicábanse á lo que en Marruecos calificaríanlo de piratería, se apercebieron de donde partían los angustiosos llantos de las infelices criaturas que medio muertas del susto, permanecían en un rincón del local, y ensañáronse con ellos.

Entonces fué cuando la lucha se entabló cuerpo á cuerpo y cuando los asaltantes, gente sin entrañas, al ver al padre de los niños bañado en sangre, diéronse á la fuga, satisfechos de su valentía, valentía que los compara á la altura de los chulos de prostitutas y celestinas.

EL PÚBLICO

A los gritos acudió gran número de vecinos y transeúntes, que intentaron lynchar á los cobardes «pajas», pero lo impidió la presencia de algunos guardias de Seguridad, que en vez de proceder á la detención, descubriéndose á su paso, no siendo detenido ninguno.

Después añade el colega, que ningún asaltante había sido preso, que las pérdidas materiales ascendían á más de 3.000 pesetas, y que la policía no había extendido el atestado correspondiente.

De modo que aquí tenemos:

Unos señoritos que se creen ofendidos por lo que ha dicho un periódico, y que, dudando sin duda de que los tribunales les hagan justicia, se la toman por su mano;

Que allanan una morada, atentando á la propiedad que apodan sagrada cuando se trata de la que les pertenece;

Y también á la vida de los propietarios, que emana de Dios, según nos dice la Santa Madre Iglesia;

Esto por una parte.

Por otra, una policía que no evita el atropello ni prende á los autores, como hubiera hecho si éstos son obreros;

Y un gobernador civil que no manda proceder con arreglo á la ley en el momento de enterarse de lo ocurrido.

Es todo tan natural, tan sencillo y tan corriente aquí, que ni me admira, ni me extraña siquiera.

Lo que me sorprende, y mucho, es no haber leído todavía que al gobernador lo han ascendido, como al jefe de policía;

Que los heridos no estén en la cárcel, después de haberles impuesto una fuerte multa;

Que á los periodistas no los hayan ahorcado aún;

Y que á los señoritos no los hayan vitoreado una mañana al salir de la iglesia de pedir á Dios el triunfo de las armas alemanas.

Porque supongo que serán clericales y germanófilos, á juzgar por sus actos.

Sí; esto es lo que me admira, esto lo que me extraña, esto lo que me sorprende.

Más cosas de España

Fernando Pintado, el valiente periodista preso en la cárcel de Barcelona por la publicación de varios artículos en el semanario *Los Miserables*, que dirigía, ha sido agraciado con otros dieciséis años de presidio, que sumados á los que ya tenía y á varios de destierro de propina, componen una cosa parecida á la eternidad.

La ley del contraste es ineludible. En un país donde ocurre lo que en el anterior artículo se expresa, forzosamente se impone lo que refiero en estas líneas.

DE FLOR EN FLOR

Debe empezarse siempre por lo primero. El día 1 del actual, coronó España á la Virgen de Queralt.

Legalizaron el acto dos elevadísimos representantes del Estado, cuyos yantares para no salir de casa, cuestan al país 767 pesetas diarias; cuando salen, eso, más su agasajo, el de su séquito, más los gastos de transporte y movimiento, más las dietas que á éste, al otro y á los que

no se vean por clasificación les correspondan.

Volvieron á Barcelona el día 2, tempranito. Todo era esplendor y fiesta en la gran ciudad, archivo de la cortesía.

Mucha concurrencia enchisterada; pocos monárquicos, porque aquí ese género no priva. Negociantes, sí, de todos los colores; espíritus de plegadera que siempre se encuentran cara al sol.

Aquel día estuve yo en el Gobierno civil, en la oficina donde despachan los pasaportes para los emigrantes.

No tenía la entrada por la misma escalera que en días anteriores; ésta estaba alfombrada y profusamente adornada con plantas y flores, para amenizar la estancia de una ilustre dama que cuenta en el presupuesto nacional con la decorosa asignación de 685 pesetas diarias. Por otra puerta y recorriendo pasillos, llegué á la estancia que buscaba sin gran dificultad, aunque el cambio no había sido avisado; pero como la concurrencia no era escasa y otros muchos habían ido antes que yo, me fui dejando llevar de la gente, entre la que no lucía nadie la ceremonial y elegante chistera, y sin sentir me condujeron á unos saloncitos polvorientos, cuyos techos lucen unos frescos tomados antaño de la socorrida Mitología, que contrastan lastimosamente con las seis sillas de á dos pesetas la docena en cualquier trapería de rumbo y las dos mesas de escritorio de análoga procedencia y aproximada estimación que integran el menaje de la oficina.

Allí se *ajogaban* en el bullicio, cual gitano creyendo que tocan á descasarse, la turba de fabricantes de fortunas que pasan la frontera huyendo de este paraíso donde ya les agobia tanta felicidad.

Todos eran gentes despreocupadas, mal vestidas. Algunas con el hatillo al hombro y puesta su ropita dominguera que, si no nueva, para ellos todavía podía pasar.

—¿Qué he de traer?—preguntaban por turno.

—La fotografía, una póliza de á peseta, otra de cinco pesetas, un sello de diez céntimos y un cuadernillo de papel de barba,—contesta el empleado con toda amabilidad y cortesía.

Una vez estos requisitos, que cuestan al emigrante ocho pesetas setenta y cinco céntimos, por lo general, pues la fotografía no tiene precio fijo, en poder del empleado, al otro día, á retirar el documento sobre el cual ha de expedir el consulado francés el ansiado pasaporte.

Lo retiran ciento, ciento cincuenta... los que se han podido despachar, y al consulado con el cuento.

Allí les piden otras cuatro fotografías, los filian minuciosamente, sin desnudarlos, eso no, y les dicen que vuelvan dentro de dos ó tres días, según si cae ó no fiesta en el intermedio, y que lleven nueve ó veinte pesetas. Unas veces han sido nueve y otras veinte, el precio de este despacho; ahora no sé yo el que regirá, aunque seguramente de nueve para arriba.

Y así, por una b'coca, que á lo sumo puede llegar á 2.875 pesetas por cada cien pasaportes, número que se despacha al día, entre España y Francia permiten generosamente que los españoles que no encuentran aquí quien compre el sudor á mediano precio, pasen la frontera, por-

que allí dicen que lo estiman un poco más.

Sin embargo, España prospera. Usa un tipo monetario—la peseta—que hay que saludarlo con reverencia. Arrepentida de sus antiguas veleidades, cual llorosa Magdalena, consiguió por fin pleitesía en todos los países del mundo. Los más ricos, le pagan del cinco al ocho por ciento para hombrarse con ella; los demás, aquellos pueblos que están demostrando hasta dónde puede llegar la fiereza y la crueldad del salvaje civilizado, le rinden el diecisiete, el dieciocho, el veinte ó el treinta por ciento.

Esos pueblos no tienen pan, porque carecen de brazos para cultivar sus campos, gran parte de ellos y además sus caseríos, destrozados á metrallazos. Los españoles tenemos mucho trigo, mucho de todo; gracias á Dios, las cosechas son excelentes. El Banco de España apalea el oro, aunque todavía le falta mucho para la completa garantía de sus cuentacorrentistas y depositantes, y sus billetes al portador; pero todo lo que se quiere, nunca es. Sus dividendos no hay miedo de que peligren, no, aun aprobándose el plan del Sr. Alba para que el Estado participe de los beneficios extraordinarios con motivo de la guerra.

He recibido el *Boletín Georgista* que se publica en Haro. Si el Ministerio tuviera ocasión de darse una vueltecita por la Rioja, puede que allí aprendiera á hacer á la Nación partícipe de las venturas del Banco; que no son sólo pimientos morrones lo que se crían en las riberas del Ebro.

Pero... en París y en otros puntos que no tienen de nada, que su dinero vale el 20 por 100 menos que nuestra hermosa peseta, les cuesta el pan 45 céntimos el kilo, de la moneda suya...

A nosotros el kilo de pan, por ahora, nos cuesta cincuenta céntimos de nuestra moneda, que vale el 20 por 100 más que la suya, ó sea 15 céntimos en kilo más que á ellos, que no tienen trigo, que no tienen nada...

Aquí, en un santo Hospital, por buenos empeños entra un descreído á que la ciencia opere sobre su cuerpo maltrecho. Dos esclavas del Señor le asisten; una, angelical criatura, mitiga dulcemente las penas del anciano que en el ocaso de la vida se ve forzado á prescindir de una de sus piernas para no acelerar la muerte; la otra, esclava de su deber, retira de los labios del enfermo la taza de caldo ó el vaso de leche, para invitarle á implorar de las alturas la redención de sus culpas.

¿Qué heroína del hogar pudo ser la primera, de qué empresas hubiera sido capaz en el mundo el tesón, la rectitud y la energía de la segunda!

Lo tenemos todo, como véis: santos milagrosos, abundantes cosechas; demás están ya los que las producen; santos hospitales, en los cuales se entra, caso necesario, debidamente recomendados; piadosas mujeres, que cuidan de nuestras almas para atender nuestros cuerpos; tenemos Banco nacional, que en el oro está nadando...

¡Pero pagamos el kilo de pan 15 cénti-

mos más caro que en ninguna parte, sin contar los 50 gramos que faltan en Barcelona á las piezas de medio kilo!

Palabra.

FRANCISCO RIVAS

Barcelona.

LA VERDAD

¿Qué quiere decir verdad? ¡El hombre es la verdad! Esto lo ha comprendido el viejo, pero no nosotros.

Sois duros de mollera. Yo lo comprendo... El viejo os ha engañado, pero lo hacía porque tenía compasión de vosotros...

Hay muchos que mienten por piedad al prójimo... Yo lo sé y lo he leído también. ¡Mienten también!... ¡con tanta habilidad! ¡tan cándidamente! ¡Hay mentiras tan consoladoras, tan piadosas!... Yo conozco la mentira. Quien tiene corazón débil ó está obligado á vivir del pan ajeno, tiene necesidad de la mentira: á unos infunde valor, á otros les desanima... Pero el que es dueño de sí mismo, el que es independiente y no vive del sudor ajeno... ¿qué necesidad tiene de la mentira?

La mentira es la religión de los siervos y de los señores... ¡La verdad, la divinidad de los hombres libres...!

MÁXIMO GORKI

Miscelánea

El cura de un pequeño pueblo de Borgoña, cuando era invitado á comer, exclamaba á la aparición de cada plato: hijos míos, esto debe comerse bebiendo vino. Cuando llegaron los postres, el cura repitió su precepto, que nunca dejó de practicar sin el ejemplo.

—Pero, perdón señor cura, dijo uno de los convidados ¿con qué no bebéis vino? —Con agua, hijo mío.

Disputaban un moro negro y un europeo en la terraza de un café del Zoco Chico, la Puerta del Sol tangerina, sobre el peliagudo tema divino. Decía el segundo, en son de broma, que cuando menos debería haber dos dioses: uno blanco y otro negro.

Pero el hombre de color contestaba que nones, que no había más que uno, porque de haber dos, ya se hubieran peleado como se pelean los hombres.

Pepito pregunta á su preceptor al ver una estatua:

—Señor cura: antes los hombres llevaban siempre aquí delante una hoja de parrá; ¿cómo se la sujetaban para que no se cayese?

El preceptor elude cuerdamente la respuesta.

El día antes de entonar el Te Deum de la cosecha, varios labradores discuten en la taberna los malos resultados de la del año.

Uno opina que esa circunstancia pondrá al señor cura en mayor apuro que otras veces para disculpar desde el púlpito la distracción del Dios que v. la por todas sus criaturas.

«TIP. LA ITALICA», VELARDE 12, MADRID